

CIUDADES Y CRISIS DE CIVILIZACIÓN*

José Manuel Naredo

Economista y escritor. Premio Nacional de Medio Ambiente 2000

Partiendo de un relato de los procesos de la modernización urbana, el autor señala la secuencia de crisis social y medioambiental en el contexto actual. Bajo el signo de la globalización económica se evidencia la insostenibilidad de la producción urbana.

¿Crisis de civilización?

La preocupación por la crisis ambiental y la polarización social ha marcado el final del siglo XX, poniendo en cuestión la fe en la senda de *progreso* indefinido que nos había propuesto la civilización industrial. Sin embargo este hecho no autoriza por sí solo a hablar de crisis de civilización. Es más, puede argumentarse que el *proyecto de modernidad* y *progreso* subyacente nunca se había extendido tanto, ni había desbancando tanto como ahora a otras formas de concebir y de sentir el mundo.

Precisamente el gran éxito del proyecto de *modernidad* civilizatoria que nos ha tocado vivir estriba en su capacidad para apoyar sus fundamentos en valores que se suponen universales, trascendentes y, por lo tanto, ajenos a consideraciones espacio-temporales, y para vincularlos, con visos de racionalidad científ-

fica, a evidencias empíricas domesticadas que dan puntual cuenta de los logros del *progreso* prometido, a la vez que soslayan las consecuencias *regresivas*, no deseadas, que los acompañan. La ciencia económica ha desempeñado un papel fundamental en este juego reduccionista, aportando el núcleo duro de la racionalidad sobre la que se asienta el llamado «pensamiento único»¹. Una vez sometido el mundo al yugo de ese «pensamiento único» guiado por una racionalidad económica servil al universalismo capitalista dominante, se ha podido postular a bombo y platillo la «muerte de las ideologías» y «el fin de la historia». La falta de pudor intelectual que subyace al manejo acríptico y desenfadado de tales afirmaciones², en un mundo intelectual que se supone informado, da cuenta de la impunidad con la que se desenvuelve el reduccionismo imperante cuando tales consideraciones parecen más propias de visiones paleocientíficas hoy

trasnochadas: nos recuerdan ese supuesto «orden natural» *inmutable*, fruto de la *creación divina*, al que se consideraba sujeto el mundo antes de que Darwin construyera la teoría de la *evolución*. Curiosamente, en una cabriola intelectual sorprendente, semejante inmovilismo reduccionista suele venir aderezado con alardes de relativismo «postmodernista», para huir así de los problemas del presente.

A la vista de lo anterior, parece que se ha invertido el antiguo papel *progresivo* que en su día se atribuyó a las ciencias sociales. Desde Platón y Aristóteles se ha venido pensando que las personas son capaces de mejorar la sociedad en la que viven y que el conocimiento racional (científico) brindaría el punto de apoyo necesario para posibilitar el cambio social. Sin embargo hoy la economía, esa «reina de las ciencias sociales», ha invertido la situación: hemos asistido a la extensión de un discurso económico reduccionista que aniquila la posibilidad de reconsiderar las metas de la sociedad y, por lo tanto, de cambiarla, haciendo que incluso la política se supedite a ese discurso. La reflexión económica estándar se sitúa así en un campo meramente instrumental, servil al ciego instinto de promoción competitiva y al desatado mecanismo del *crecimiento económico*, cerrando los ojos a los daños sociales y ambientales que tal modelo ocasiona o ayudando a asumirlos como algo normal o inevitable, como si del pedrisco o el rayo se tratara. Sin embargo el territorio testifica los daños físicos y sociales infligidos, que permanecen reflejados en los paisajes urbanos, periurbanos y rurales.

La situación crítica de la actual civilización alimenta una pugna ideológica sorda entre el

recurso antes apuntado a evidencias domesticadas que magnifican «la irrefrenable marcha hacia el *progreso*» de nuestra sociedad, y los signos de *regresión* cada vez más ostensibles que muestran el deterioro ecológico y la polarización social en el acontecer diario. Asistimos así a las tribulaciones del discurso dominante del «pensamiento único» para ingeniárselas, no sólo para subrayar los signos de *progreso*, sino sobre todo para ocultar los signos de *regresión*. En esta pugna juegan dos novedades dignas de mención: una, la escala sin precedentes que han alcanzado los fenómenos urbanos y los problemas y deterioros que éstos generan y, otro, los medios de difusión, y de disuasión, también sin precedentes, con los que cuenta el «pensamiento único» para favorecer el conformismo y desactivar la disidencia.

La crisis urbana del XIX en los países industrializados y sus enseñanzas

Las grandes concentraciones urbanas que trajeron consigo la revolución industrial supusieron una clara ruptura con los modelos de orden que, con diversas variantes, habían venido presidiendo hasta entonces la configuración de las ciudades. Estas concentraciones rompieron las primitivas ideas de unidad en el trazado que se tenía de las ciudades, haciendo que su continua construcción y remodelación evolucionara de forma errática e incontrolada, para ofrecer el panorama de las modernas «conurbaciones»³.

Pensadores que van desde la antigüedad hasta el medioevo (como Aristóteles o san Isidoro de

Sevilla) dijeron: «no son las piedras, sino los hombres los que hacen las ciudades», subrayando así la dimensión comunitaria que desde antiguo permitió la realización y el mantenimiento de ese instrumento material de vida colectiva que ha venido siendo la ciudad. Sin embargo, la ética individualista e insolidaria y los enfoques de una ciencia parcelaria, que se extendieron con la civilización industrial, socavaron sistemáticamente esa dimensión comunitaria que en su día sostuvo los proyectos urbanos. El nuevo tono moral que presenta como algo aceptable, e incluso socialmente deseable, la realización de los apetitos más voraces de poder y de dinero, acabó haciendo de la construcción urbana una actividad especulativa más y motivando que ya no sean «los hombres», sino el lucro apoyado en el hábil uso del cemento, el ladrillo y las influencias, lo que de verdad hace la ciudad, presentando esos gigantes sin alma que son las actuales «conurbaciones».

La implantación del Estado Moderno como afirmación de un nuevo poder político desbrozó el camino hacia el actual orden de cosas. La expresión territorial del nuevo complejo cultural, político y social se plasmó en el modelo de «ciudad barroca», así denominado por Mumford y otros autores. La «ciudad barroca» rompió los antiguos recintos amurallados para desplegar por el espacio abierto un plan geométrico en el que primaban la perspectiva horizontal, las largas avenidas y el diseño ortogonal, por contraposición a las calles más angostas y curvas y al diseño más orgánico de los «cascos» medievales. La homogeneidad administrativa en el tratamiento de las perso-

nas y los territorios y la formalización democrática de los Nuevos Estados contribuyeron a eliminar la idea medieval de la ciudad como baluarte de libertad o refugio de «hombres libres», debilitando, con ello, la antigua cohesión de los *ciudadanos*, y haciendo que este término pase a designar al conjunto de los súbditos de un Estado con independencia de que vivan o no en ciudades: la gran ciudad sólo otorga ya a los individuos la libertad que, para bien o para mal, se deriva de las mayores cotas de anonimato.

El peso determinante de la autoridad política fundadora de los nuevos Estados explica la firmeza planificadora que subyace a las realizaciones de la «ciudad barroca» que, pese a todo, se escalonaron en el tiempo, compartiendo estilos y conviviendo con el tejido urbano preexistente para originar en el «viejo mundo» lo que acostumbra hoy a denominarse la «ciudad clásica» o «histórica», por contraposición a las presentes «conurbaciones». El proyecto de «ciudad barroca» fue así un paréntesis en el desmantelamiento de la vieja cultura urbana que dejó abierto el camino hacia el mayor peso del capitalismo y el predominio del modelo de urbanización que, con diversas variantes, ha llegado hasta nuestros días.

Como es sabido, el capitalismo orientó la gestión del mundo físico desde el universo de los valores monetarios para maximizar beneficios. Este criterio de gestión es una máquina potentísima de deterioro del patrimonio (natural y construido) de la sociedad: los «agentes económicos», tratan de favorecer su beneficio particular forzando sus ingresos a base de ex-

plotar bienes «libres» o de terceros o trasladando sus costes sobre otros «agentes» o territorios que quedan fuera de su ámbito contable. Este principio de acrecentar beneficios privados a costa del deterioro público o de terceros es el que originó la crisis de la urbanización masiva que trajo consigo el capitalismo industrialista del XIX.

Ese gran «arrecife humano»⁴ que era, al decir de Geddes, el Gran Londres de la época, constituía el ejemplo más característico de la nueva problemática urbana. Las imágenes poco recomendables que presentaban las primeras ciudades industriales en la Inglaterra del siglo XIX, gobernadas por el afán de lucro empresarial, trajeron consigo un fuerte movimiento de reflexión y de protesta. La importancia inédita del nuevo fenómeno y el empeño en discutir con datos en la mano la amplitud y gravedad de los problemas suscitados, dio pie a numerosos estudios y estadísticas⁵. Las encuestas y los registros sistemáticos de población ayudaron a cuantificar la pobreza y a confirmar que las nuevas aglomeraciones urbanas de la época acarreaban tasas de mortalidad superiores a las del medio rural⁶, como fiel reflejo de las deplorables condiciones de vida de una parte importante de la población y el medio ambiente. Lo cual desencadenó en Inglaterra un fuerte movimiento «antiurbano» que veía las nuevas aglomeraciones más como «tumores abominables» que como exponentes del progreso prometido por la civilización industrial. Las obras de Charles Dickens, Thomas Carlyle y John Ruskin ejemplifican el reflejo literario de esta corriente, que inspiró elaboraciones importantes en el campo del socialismo

(William Morris y, en cierta medida, Marx y Engels) y del urbanismo (Howard, Geddes y, más tarde, Mumford). Este movimiento ayudó a ver el *statu quo* como algo inadmisibles, extendiendo entre políticos, administradores y filántropos, afanes de reforma tendentes a corregir los aspectos más negativos que acompañaban al proceso de urbanización ejemplificado por esa «ciudad monstruo» de Londres. Se trataba, sobre todo, de paliar la insalubridad y la inseguridad mejorando «las condiciones de vida de los pobres» que se concentraban en el medio urbano, para hacer de él algo más saludable y apacible.

Un muy documentado y divulgado estudio sobre los problemas sanitarios que entrañan las grandes aglomeraciones urbanas⁷ permitió orientar con eficacia las reformas en Inglaterra. A nuestros efectos cabe destacar que este estudio identificó las causas de la elevada mortalidad urbana y propuso soluciones en el campo técnico, dejando de lado las inquietudes sociales, éticas, estéticas y religiosas que veían en esa mortalidad el reflejo de una moral y unas formas de vida poco recomendables. En resumidas cuentas, se separó definitivamente la moral de la patología urbana⁸, postulando que no hacía falta cambiar la sociedad, ni siquiera reducir el tamaño de las concentraciones urbanas, sino hacer que éstas se atuvieran a determinados estándares de salubridad. Al ver que las enfermedades infecciosas explicaban el grueso de las elevadas tasas de mortalidad urbana, se trataron de mejorar las condiciones higiénicas de la ciudad y las viviendas, controlando la densidad de población, separando el abastecimiento de agua de los verti-

dos, pavimentando las calles y recogiendo los residuos sólidos. Ante la evidencia de que el mercado no resolvía por sí mismo estos problemas, se planteó la necesidad legal de establecer una serie de estándares mínimos de densidad y de salubridad, entre los que figuraba la emblemática dotación de un retrete por familia.

Los nuevos estándares y reglamentos entroncaron con otros derivados del proyecto de ciudad «barroca» que ligaban, por ejemplo, la anchura de las calles a la altura de los edificios o la dotación de equipamientos al número de habitantes, para reordenar el nuevo crecimiento urbano y readaptar el antiguo, resolviendo los principales problemas de las nacientes «conurbaciones». Con lo cual, las tasas de mortalidad (y de natalidad) urbana disminuyeron en la Inglaterra de finales del siglo XIX, hasta situarse por debajo de las del medio rural, anticipando el patrón demográfico que, con más o menos desfase, siguieron los otros países industrializados. Las «omnipotentes» palancas de la ciencia y la técnica facilitaron una salida razonable a la crisis que plantearon las nuevas aglomeraciones urbanas del XIX. Renació la fe en el progreso, decayó el «antiurbanismo» antes mencionado y aumentó la confianza en el capitalismo y en los aspectos benéficos del crecimiento económico (y urbano).

Hemos de insistir en el carácter técnico-parcelario que impregnó a las soluciones: cada problema fue tratado con reglamentaciones y medidas *ad hoc*. La salubridad y la seguridad urbana mejoraron a base de evitar el excesivo hacinamiento, instalar retretes en locales y viviendas, de elevar la altura de las chimeneas

fabriles o de enviar los detritus físicos y sociales a vertederos y cárceles⁹. Se pudo mejorar así el confort y la limpieza del medio ambiente urbano, pero a base de ocupar más suelo, de utilizar más recursos foráneos y de llevar al extra-radio una contaminación acrecentada, aumentando por todo ello las necesidades de transporte.

Problemas de las conurbaciones actuales

Extensión e importancia del fenómeno urbano

Las ciudades de la antigüedad, e incluso del medievo, tenían una dimensión muy inferior a la de las aglomeraciones de hoy día. En 1800 sólo Londres alcanzaba el millón de habitantes, siendo Inglaterra el país más urbanizado del mundo. En 1850 sólo había en el mundo dos ciudades que superaban el millón de habitantes, Londres (con 2,3 millones) y París (con 1,1 millones). En 1900 aparecen ya diez ciudades con más de un millón de habitantes, encabezadas por Londres (4,5), Nueva York (3,4) y París (2,7). En 1910 ya hay trece, a la vez que empieza a observarse la presencia de aquellas ubicadas en los antiguos países coloniales, que tomarían la delantera en tamaño de población: hoy, entre las aglomeraciones de más de 10 millones de habitantes se encuentran, junto a Nueva York, México, São Paulo, Calcuta, Shangai, etc., etc.

Podemos resumir el giro mencionado en la evolución de la población urbana mundial de la siguiente manera. La población mundial que vive en ciudades de más de 100.000 habi-

tantes pasó de representar el 16 de la población total en 1950, al 24 en 1975 y al 50 por 100 en el año 2000. Pero subrayemos, como dato más significativo, el peso dominante que han adquirido los países pobres o «menos desarrollados» en el proceso de urbanización mundial: en 1950 la población urbana antes mencionada que estaba situada en los países ricos o «desarrollados» doblaba a la de los países pobres, mientras que en 1975 la población urbana se distribuía mitad y mitad entre países pobres y ricos y en el año 2000 la población urbana de los países pobres dobla ya a la de los países ricos. Los problemas derivados de la urbanización masiva han dejado, así, de ser el problema casi exclusivo de los países ricos que era hace un siglo, a convertirse en un problema de primer orden en los países pobres, cuya tasa de urbanización creció en consonancia con los datos aportados, pasando del 7,8 por 100 en 1950 a superar el 40 por 100 con el cambio de siglo.

Sobre los criterios que orientan el actual orden de cosas

Mumford señaló la fuerza impulsora que condujo desde el orden geométrico estricto de la ciudad «barroca» hasta el caos de la «conurbación»: «el gusano de la especulación –dijo– atacó hasta el corazón la bella flor barroca». El distinto modelo de ciudad, o más bien de «no ciudad», al que se atenían las primeras «conurbaciones», reflejaba ya la hegemonía del capitalismo sobre la autoridad política. Esta hegemonía tuvo que atenerse a los nuevos estándares de calidad urbana acordados en las metrópolis para seguir progresando. Pero a

medida que tal hegemonía se fue extendiendo por el mundo, con ella se extendió también, en lo esencial, el nuevo modelo de orden territorial, con alguna variante que precisaremos a continuación. La tan cacareada «globalización» económica, y la consiguiente extensión del «pensamiento único», trae consigo la aplicación planetaria de un *único* modelo de ordenación del territorio. Resumamos sus rasgos esenciales. En primer lugar, creo haber demostrado¹⁰ que las reglas del juego económico desarrolladas por el capitalismo tienden a ordenar el territorio en «núcleos de atracción de capitales y productos (más densos en población e información) y áreas de apropiación y vertido». Junto a esta tendencia general, que funciona a escala nacional e internacional, se plantean otras que explican más matizadamente la universalidad del modelo aparentemente caótico de las propias «conurbaciones». Éstas vienen dadas por la confluencia de ciertos presupuestos técnico-económicos que cabe resumir de la siguiente manera:

Presupuestos económicos: Con el capitalismo la mayoría de los edificios y viviendas no se construyen ya directamente para el uso de sus futuros usuarios, sino para la venta (o el alquiler), por entidades interpuestas que buscan el beneficio monetario. Esta finalidad hace que se tienda a maximizar (al menor coste posible) el volumen construido por unidad de superficie hasta donde lo permita la normativa vigente y que los propietarios de suelo traten de modificar su calificación hacia normas más laxas, alterando los planes existentes¹¹.

Presupuestos técnicos: El perfeccionamiento técnico, y el abaratamiento, observados en el

manejo del hierro y el hormigón desde finales del siglo XIX, permitió dotar a los edificios de un «esqueleto» de vigas y pilares independiente de los muros, capaz de soportar numerosas plantas y de conseguir un volumen construido por unidad de superficie superior al de los edificios tradicionales, con un coste inferior, a base de sustituir trabajo por energía fósil¹².

Con los presupuestos señalados se generalizó por el mundo la apariencia uniforme de los edificios, originando una «estética universal» acorde con el predominio del «pensamiento único». A la vez que la nueva posibilidad de aumentar el volumen construido sobre el suelo ocupado por edificios antiguos, desencadenó procesos de demolición de la «ciudad histórica» sin precedentes, cuando el marco institucional lo permitía, como ha sido el caso de España¹³. Por otra parte, el desastroso comportamiento térmico de los nuevos edificios acrecentó el gasto energético necesario para hacerlos habitables.

Evidentemente, como el afán de lucro no tiene límite, tampoco lo tienen las aglomeraciones constructivas que con tal fin se producen. Entre los numerosos aspectos que complementan o matizan el funcionamiento de las tendencias indicadas, hay que insistir, en que cada modelo de usos del territorio conlleva unas necesidades de transporte que a su vez tienen incidencia territorial e influyen sobre los usos. La posibilidad técnica y económica de satisfacer adecuadamente estas necesidades condiciona el tamaño de los asentamientos. Serían inconcebibles las «conurbaciones» actuales sin contar con los oleoductos, los gaseoductos, los

tendidos eléctricos, los ferrocarriles, los aeropuertos... las autopistas, que facilitan el continuo trasiego de personas, materiales e información que reclama y posibilita la creciente dispersión geográfica de sus funciones (separando zonas dormitorio de zonas industriales, comerciales, de esparcimiento, etc). Precisamente los avances técnicos observados en el terreno de los transportes y las comunicaciones han facilitado la enorme extensión territorial en forma de «mancha de tinta o de aceite» que caracteriza a la «conurbación difusa» o al «*urban sprawl*»¹⁴ de nuestro tiempo. Si reducir el hacinamiento ayudó en su día a mejorar la salubridad urbana, la extrema dispersión actual de los usos y la gran dependencia del transporte constituyen hoy uno de los principales factores de deterioro del medio ambiente urbano.

Conviene señalar al menos dos variantes fundamentales. Una es la que señala la incapacidad de los países pobres para mantener la calidad interna de sus cada vez más pobladas «conurbaciones», asegurando unos estándares mínimos de salubridad y habitabilidad acordes con los logrados en los países ricos, marcándose así la diferencia entre el Norte y el Sur. Otra es la que distingue el urbanismo del viejo continente europeo, que trata de revivir más o menos formalmente los restos de esa «ciudad histórica» tan valorada por todos, del urbanismo de ultramar, en el que el «estilo universal» y el «*urban sprawl*» evolucionó con menos cortapisas.

Por último, hay que advertir que la «globalización» económica llevó a escala internacional las relaciones de dominación, atracción y de-

pendencia que antes se daban entre las ciudades o capitales y el medio rural, haciendo que ciertos Estados desempeñen también el papel que han venido desempeñando las ciudades. A finales del XIX, la palabra *metrópoli* pasó a designar no sólo la capital de un país, sino también al país que controlaba territorios más amplios. Inglaterra entera era ya la *metrópoli* del Imperio Británico¹⁵. Así, junto a esos núcleos más concentrados de atracción de capitales y productos que son las «conurbaciones», hoy ejercen tales funciones atractoras los *Estados metropolitanos* en los que se domicilia el poder político y económico de nuestro tiempo (Estados Unidos, la Unión Europea y Japón)¹⁶. La proyección internacional de las relaciones de la ciudad con el entorno hace que la tradicional emigración del campo a la ciudad tienda a producirse también ahora desde el resto del mundo hacia los Estados metropolitanos, testimoniando que la época de las grandes colonizaciones y la apertura de nuevas fronteras se acabó ya hace tiempo. Tras la confusión que originó el antiguo «bipolarismo» político entre los dos Estados más poderosos, la desaparición de uno de los polos nos ha deparado inequívocamente un orden mundial *unipolar* dominado por el poder económico capitalista y escindido sólo por la segregación entre pobres y ricos, que se proyecta dentro y fuera de las «conurbaciones» y los países.

Los nuevos Estados metropolitanos pasaron a ejercer una función que Weber (1921) consideraba característica de las ciudades: la de constituir, no sólo una organización económica interna, sino la de organizar también un

espacio económico más amplio capaz de garantizar establemente sus abastecimientos a precios moderados. Las reglas del juego económico que orientan el funcionamiento del mercado mundial, aseguran el abastecimiento a bajo precio de los territorios metropolitanos, a la vez que el sistema financiero internacional inclina a su favor la capacidad de compra sobre el mundo para utilizarlo como fuente de recursos y sumidero de residuos¹⁷. Lo cual sitúa a estos países en una posición privilegiada para cuidar de su «medio ambiente». Pero, lo mismo que no cabe concebir la existencia de las ciudades sin poner un entorno rural a su servicio, hoy resulta inconcebible la opulencia de los países metropolitanos sin poner a su servicio el resto del mundo. Al ser fruto de su posición dominante, esta opulencia se convierte en un «bien posicional» imposible de generalizar al resto del mundo. Hacer creer lo contrario sigue siendo uno de los mayores engaños de la civilización industrial.

Sobre el «panem circensis» prometido a las urbes mundiales

Un grave problema de fondo ligado al actual proceso de urbanización es el que plantea el indiscutido afán de extender a todo el mundo los patrones urbanos de vida de las metrópolis mundiales, cuando estos patrones se muestran hoy inviables para el conjunto de la población: su generalización plantea unas exigencias en recursos y residuos que se salen del limitado entorno planetario, evidenciando esta imposibilidad. Pero el problema no sólo se limita a proponer a la especie humana un modelo de

progreso que se revela inviable a la luz de la lógica más elemental, sino que en los últimos tiempos la distancia entre ricos y pobres se acentúa a pasos agigantados a escala planetaria, reflejándose en el ensanchamiento de la brecha Norte-Sur y en la aparición de crecientes «bolsas de pobreza» y de marginación en el propio Norte¹⁸. Por contraposición al modelo de *progreso* y *bienestar* que presentan, con la ayuda de los *media*, esos escaparates que hoy son las metrópolis del mundo civilizado, resalta sobre todo el panorama cada vez más dramático que ofrece el disparatado crecimiento de las conurbaciones de los antiguos países coloniales, con sus enormes «cinturones» de miseria. Es como aquel aprendiz de brujo que fue víctima de su propio éxito, al desencadenar fuerzas que luego no pudo controlar. Los cantos de sirena del desarrollo económico industrialista y urbanizador apuntalaron con éxito la posición de dominio de las metrópolis del capitalismo mundial, pero desencadenaron procesos de creciente frustración y crisis que se manifestarán en toda su crudeza durante el nuevo siglo que comienza. De ahí que tenga sentido hablar de crisis de civilización, cuando el *panem circensis* que la llamada «sociedad de consumo» había prometido a las urbes mundiales resulta cada vez más inalcanzable para la mayoría de la población, revelándose incapaz de adormecer su conciencia crítica sobre los conflictos y deterioros cada vez más acusados que se derivan del orden social y espacial imperantes.

En efecto, el «desarrollo», en vano su pretensión de erradicar la pobreza, no ha intervenido mejorando de entrada las condiciones de vida

de las sociedades «periféricas» al capitalismo, sino provocando su crisis, sin garantizar alternativas solventes de mejora para la mayoría de la población implicada e incluso originando, en ocasiones, situaciones de penuria y desarraigo mayores que las que se pretendían corregir. Desde esta perspectiva «podemos imaginar al desarrollo como una ráfaga de viento que arranca al pueblo de sus pies, lejos de su espacio familiar, para situarlo sobre una plataforma artificial, con una nueva estructura de vida. Para sobrevivir en este expuesto y arriesgado lugar, la gente se ve obligada a alcanzar nuevos niveles mínimos de consumo, por ejemplo, en educación formal, sanidad hospitalaria, transporte rodado, alquiler de vivienda,...» [Illich, I. (1992)]. Y para ello es necesario disponer de unos ingresos que el «desarrollo» acostumbra a escatimar a la mayoría de los individuos, originando procesos de miserabilización¹⁹ sin precedentes que afectan incluso a las necesidades llamadas primarias o elementales (alimentación, vestido...). Porque, además, las nuevas necesidades aparecen como algo ajeno a las posibilidades de los individuos para hacerles frente directamente, con lo que la persona carente de trabajo e ingresos aparece como un residuo obsoleto, inadecuado a las nuevas exigencias del «desarrollo», que cae con facilidad por la pendiente de la marginación social y el deterioro personal. Así, no cabe considerar el proceso actual de urbanización que se opera en los países pobres como un paso que repite la misma senda de modernización y progreso seguida tiempo atrás por los países ricos: es más común que este proceso resulte de la mera destrucción de las formas de vida y de cultura que secular-

mente habían venido modulando y asimilando el crecimiento demográfico, que de las capacidades del «desarrollo» para sacar a la población del «idiotismo de la vida rural»²⁰ y mejorar su calidad de vida en las actuales aglomeraciones. La magnitud de las imágenes de frustración y desarraigo que presentan hoy las «conurbaciones» de los antiguos países coloniales así lo atestiguan, empequeñeciendo los problemas que presentaba el Gran Londres de hace un siglo. La calidad ambiental de Londres ha podido sin duda mejorar, junto con la de otras antiguas ciudades industriales²¹, mostrando que, por las razones antes indicadas, los países metropolitanos están en condiciones mucho más favorables que el resto del mundo para mantener la calidad interna de sus propias «conurbaciones» y para seguir desarrollando formas de urbanización inviables a escala planetaria.

94

Sobre las perspectivas de la crisis

Tener clara conciencia de las causas de nuestros males es el primer paso para curarlos o, al menos, para diagnosticar su posible evolución. Cabe subrayar esta evidencia cuando, en la situación actual, las racionalidades parciales que nos depara el coincidente predominio de un conocimiento científico parcelario y un individualismo insolidario, conducen más a soslayar, que a subrayar, las raíces de los problemas, y más a dejar indiscutidas, que a revisar, las metas sobre las que se ha venido construyendo la civilización industrial. Lo cual hace que la dificultad para incidir sobre la marcha de la actual civilización y su reflejo territorial, no estribe tanto, como suele decirse, en la falta

de medios económicos o de instrumentos técnicos, como en nuestra incapacidad para revisar los fines que presiden y orientan los comportamientos en nuestra sociedad.

Hemos visto que la crisis urbana que atravesaron los nacientes países industriales del siglo XIX estuvo motivada por fallos de calidad interna del propio sistema urbano y que se resolvió, con el apoyo del Estado, utilizando más intensamente los recursos y sumideros del resto del territorio. Sin embargo la crisis actual no sólo vuelve a plantear nuevos problemas de calidad interna, sino que se topa con el deterioro acrecentado del resto del territorio. Su tratamiento exige, por lo tanto, reconsiderar las relaciones del propio sistema urbano con el resto del territorio. El enfoque sectorial y parcelario que se había utilizado con éxito para resolver la crisis anterior se revela ahora insuficiente. Los problemas ya no se resuelven aumentando la altura de las chimeneas o tirando de la cadena de los wáteres. Hay que preocuparse del funcionamiento del sistema urbano en su conjunto y, para ello, hace falta volver a considerar la ciudad como proyecto, consideración que se había desvanecido junto con la cohesión y la participación social que en otro tiempo construyó y mantuvo las ciudades. Se cae, así, en la cuenta de la necesidad de reconstruir el cuerpo social de la ciudad y de dotarlo de órganos responsables capaces de controlar su funcionamiento físico y el deterioro que origina sobre el territorio. Pero entonces nos encontramos con que el tamaño sobrehumano de los asentamientos actuales dificulta enormemente esta reconstrucción, lo que urge a redimensionar esa ciudad-proyecto,

rompiendo la inercia expansiva de las «conurbaciones». Lo cual exigiría supeditar la finalidad imperante del lucro al logro de otras metas (sociales, ambientales...) desencadenando un proceso que, mediante la interacción transparente entre información, participación social y normativa, vaya definiendo el nuevo proyecto de ciudad y su relación con el resto del territorio. Pero, a la vez, la dimensión internacional y planetaria de los problemas hace que éstos trasciendan de la esfera local o nacional en la que se han venido tratando. La traslación de las funciones de la ciudad a Estados metropolitanos cada vez más serviles a los intereses del capitalismo transnacional, reflejada en la llamada «globalización económica», demandaría organizaciones internacionales capaces de ponerles coto, y con ello, a la ordenación en curso del espacio planetario. Este nuevo internacionalismo tendría que apoyarse en un nuevo geocentrismo para proyectar esa imagen de Casa-Madre, más allá de la ciudad y del Estado, hasta abarcar a la Tierra en su conjunto. Por todo lo expuesto, la crisis del modelo ordenación del territorio que se ha extendido por el mundo está llamada a resolverse con la crisis de la civilización que lo engendró.

La situación actual es bien poco receptiva a las ideas que acabamos de esbozar como guía para abordar en su raíz las causas de la situación crítica actual. El panorama no justifica el optimismo más que como fruto de la desinformación o de la cobardía para enfrentarse a la cruda realidad. Solucionar la crisis de las nacientes «conurbaciones» en la Inglaterra del siglo XIX, requirió plantear sin tapujos los pro-

blemas, recabar estadísticas para documentarlos y tener empeño en resolverlos. Sin embargo hoy flaquean la reflexión, la toma de datos y la voluntad política necesarias para resolver los problemas, con el agravante de que son mucho más complejos y difíciles de tratar.

Por lo común, tanto las ciencias sociales y ambientales, como las instituciones que se ocupan del territorio y del medio ambiente, invierten más esfuerzo en ocultar que en analizar y paliar los problemas de fondo que suscitan la crisis actual. La vergonzosa falta de datos sistemáticos sobre la ocupación del suelo y los flujos que componen el metabolismo de la actual sociedad, a sus distintos niveles de agregación, o sobre las condiciones de vida de la población, corre paralela con los miles de satélites enviados a la atmósfera, con los cuantiosos recursos destinados a estudiar el «medio ambiente», el clima e incluso el planeamiento territorial y sus valoraciones monetarias. En el terreno de las ideas, por ejemplo, ya no se critica a ese sistema histórico que es el capitalismo, sino a los nuevos demonios del neoliberalismo, como tampoco se discuten los absurdos que conlleva la mitología de la salvación por el crecimiento, consustancial a ese sistema, sino que se trata de hacerlo «sostenible»²²... o, más en relación con el tema que nos ocupa, se soslaya el diario deterioro territorial mientras se discute sobre hipotéticos cambios climáticos. Y a medida que se refuerza la función apologética del *statu quo* que ejercen las academias y las administraciones estatales y empresariales, embarcadas en reflexiones instrumentales y campañas de «imagen verde»²³ dignas de mejor causa, de-

cae su capacidad para interpretar y gestionar la crisis actual.

De esta manera es probable que las tendencias regresivas sigan, como hasta ahora, adelante, sin que la sociedad tome conciencia de la crisis. Porque resulta difícil que una civilización prevea su propia crisis y ponga los medios necesarios para resolverla cuando afectan a sus cimientos: lo normal es que ésta le sorprenda, como ocurrió en la Grecia clásica o la Roma imperial, cuando adquiere tintes claramente catastróficos y difícilmente reversibles. La crisis hacia la que apunta el masivo proceso de urbanización actual tiene, en este sentido, más puntos en común con la crisis en la que desembocó el auge de las ciudades ocurrido en el occidente medieval entre los siglos XI y XIV, que con la del siglo XIX antes comentada. Las enfermedades, los conflictos y el deterioro de-

mográfico, social y económico desembocó en la crisis del modelo de la ciudad-isla medieval²⁴, que no se pudo solucionar mediante iniciativas locales. Hubo que esperar muchos años para que las ciudades renacieran de la mano del Estado Moderno sobre bases distintas. La crisis urbana de nuestro tiempo ni siquiera puede resolverse ya en el interior de esos Estados-isla. Necesita de nuevos enfoques y organizaciones capaces de generar modelos de urbanización local acordes con los requerimientos del geocentrismo antes mencionado. El problema se agrava cuando el modelo de organización jerárquica propio de las empresas transnacionales se extiende ya por encima de los Estados y parece poco proclive a admitir la competencia, sobre todo con organizaciones que pretenden condicionar las reglas del juego económico que impulsa el presente modelo de orden territorial.

96

NOTAS

* Texto publicado en *Documentación social*, n.º 119, abril-junio 2000 (corregido y ampliado).

¹ Término acuñado por Ignacio Ramonet para designar la unicidad de la ideología dominante, regida por la razón económica: «Atrapados. En las democracias actuales, cada vez son más los ciudadanos que se sienten atrapados, empapados en una especie de doctrina viscosa que, insensiblemente, envuelve cualquier razonamiento rebelde, lo inhibe, lo perturba, lo paraliza y acaba por ahogarlo. Esta doctrina es el *pensamiento único*, el único autorizado por una invisible y omnipresente policía de opinión» (Ramonet, I. (1995)). Véase también «Sobre el 'pensamiento único'» (Naredo, J. M. (1997)).

² Véase, por ejemplo, «El Orden Global en el Siglo XXI», debate entre Fukuyama, F., Cooper, R., Garton Ash, T., Luttwak, E. y otros, publicado en *El cultural*, 20-2-2000, págs. 20-24.

³ Término éste acuñado por Patrick Geddes (1915) para designar esta nueva forma de urbanización, diferenciándola de lo que antes se entendía por ciudades. Lewis Mumford, en *La cultura de las ciudades (s/f)*, llega a hablar de «desurbanización» para referirse a este mismo

proceso, subrayando que suponía la destrucción de la antigua idea de ciudad.

⁴ «Ese pulpo de Londres es algo sumamente curioso, un vasto desarrollo irregular sin paralelo anterior en este mundo; y quizá a lo que más se parece es a los desarrollos de un gran arrecife de coral. Como éste, tiene un esqueleto pétreo y pólipos vivos; llamémoslo, por tanto, arrecife humano. Crece hacia adelante, débilmente al principio, con matices pálidos, pero siendo seguido sin descanso en todos los puntos por los matices más oscuros de la población más densa. En el interior se halla una zona sombría y congestionada cuyo centro pulsátil cotidiano nos exige buscar, empero, una comparación con algo más elevado que la vida coralina» (Geddes, P. (1915), pág. 45.).

⁵ Los 17 volúmenes del monumental estudio de Charles Booth (1840-1916) *Life and Labour of the People of London*, en Inglaterra; el de Frédéric Le Play (1855) *Les Ouvriers Européens*, y los aparecidos en la revista *Réforme Sociale*, en Francia; la línea de estudios sociales empíricos promovida por Gustav Schmoller (1838-1917) a través de la Asociación para una Política Social (*Verein für Socialpolitik*) en Alemania; ...o el libro de Henry George

(1878) *Progress and Poverty*, en Estados Unidos, son exponentes de la mencionada corriente de reflexión y toma de datos, iniciada en Inglaterra y seguida después en otros países. En España, la importante documentación estadística sobre las condiciones de vida de la población manejada en la obra cumbre de Idefonso Cerdá (1867) refleja el afán generalizado de medición y estudio de los problemas que precedió y acompañó a la propuesta de soluciones efectivas.

⁶ Por ejemplo, en 1840, la tasa de mortalidad en Liverpool era del 71 por 1000, multiplicando por tres a la registrada para la media de Inglaterra (el 22 por 1000) (Carter, H. y Lewis, C.R (1990), p.38). En la Francia de la Restauración, por término medio la tasa de mortalidad en las ciudades era una vez y media superior a la registrada en el medio rural (Pinol, J.-L. (1991), pág. 145). Esta diferencia se siguió observando en Europa y en los Estados Unidos hasta finales del siglo XIX y principios del XX.

⁷ Se trata del Informe general presentado en la Cámara de los Lores en 1842 fruto de una amplia investigación realizada por Edwin Chadwick (1800-1890) sobre las condiciones sanitarias de la población urbana y sus nuevos requerimientos. Este informe forma parte de la amplia corriente de estudios sobre salubridad urbana realizados por médicos e higienistas durante el siglo XIX en Europa y en Estados Unidos, en consonancia con la corriente de estudios demográficos y sociales antes mencionada.

⁸ La evolución de la medicina apoyó esta corriente higienizadora: las investigaciones de Pasteur descubrieron que muchas enfermedades procedían de microorganismos que proliferaban con la suciedad y que la salud, lejos de ser un atributo intrínseco de los seres humanos, venía condicionada por el medio ambiente físico.

⁹ En el empeño de tratar los fenómenos sociales en el contexto de un mecanicismo parcelario, la criminología acabó considerando al delincuente como un enfermo y tratando de buscar en su configuración cerebral las causas de su comportamiento, al igual que la euforia antropométrica de la época llevó a afirmar que «la emigración del campo a la ciudad estaba llamada a crear un raza diferente, dada la tendencia a emigrar de los *dolicocéfalos* (con cabeza alargada), mientras que los *braquicéfalos* (con cabeza redonda) permanecían en el campo» (Otto Ammon, ref.: Weber, A. F. (1899), pág. 441).

¹⁰ Naredo, J.M. y Valero, A. (dirs.) (1999) Capítulos 25 y 26.

¹¹ La reciente tesis doctoral de Javier Ruiz (1999), confirma que, en la Comunidad de Madrid, la ocupación del territorio ha transcurrido en buena medida corrigiendo o contraviniendo lo previsto en los planes municipales y que los planes de infraestructuras han sido más condicionantes del modelo de crecimiento que el planeamiento urbano originario.

¹² La generalización de la nueva técnica constructiva se apoyó, al igual que otros muchos logros de la civilización industrial, en el manejo masivo y barato de combustibles fósiles, lo que le permitió desbancar a las técnicas de la

arquitectura vernácula, tradicionalmente proclives al uso de los materiales del entorno próximo, también por razones económicas. El contexto técnico-económico favorable y la falta de normas que limitan la altura y el volumen de los edificios, hicieron de Estados Unidos el país pionero en la aplicación de esta técnica constructiva.

¹³ España es el país con el parque de viviendas más renovado de la Unión Europea, lo que permite concluir que el «desarrollo económico» fue proporcionalmente más destructivo de nuestro patrimonio inmobiliario de lo que lo fue la Segunda Guerra Mundial en países como Alemania (Vid. Naredo, J. M. (dir.) (2000)).

¹⁴ Término acuñado en 1955 por W. F. Whyte para referirse a este fenómeno en el caso extremo de Los Ángeles.

¹⁵ El reflejo que tuvo en la literatura anglosajona este cambio de escala está bien documentado en Williams, R. (1973). La identificación de Francia con París, se plasma en Delon, Ch. (1888) *Nôtre capitale, Paris*.

¹⁶ Los países ricos están recibiendo anualmente, a través del comercio exterior, una entrada neta que supera el billón y medio de toneladas de recursos procedentes del resto del mundo, la mayoría de ellas en forma de combustibles y minerales, que al convertirse en residuos hace de la contaminación el principal problema ambiental de los países ricos (Naredo, J. M. y Valero, A. (dirs.) (1999)).

¹⁷ Véase Naredo, J. M. y Valero, A. (1999), Capítulos 6, 25 y 26 sobre el «requerimiento total de materiales de la civilización industrial», los «flujos físicos y monetarios» del comercio y las finanzas mundiales, que permiten sostener los patrones de vida de los países ricos utilizando el resto del planeta como fuente de recursos y sumidero de residuos.

¹⁸ No en vano la esperanza de vida cae en los suburbios de Nueva York por debajo de la media de Bangla Desh (Petras, J. (1992)).

¹⁹ «Al igual que la crema batida se convierte súbitamente en mantequilla, el *homo miserabilis* apareció recientemente, casi de la noche a la mañana, a partir de una mutación del *homo economicus*, el protagonista de la escasez. La generación que siguió a la Segunda Guerra Mundial fue testigo de este cambio de estado en la naturaleza humana desde el hombre común al hombre necesitado. Más de la mitad de los individuos humanos nacieron en esta época y pertenecen a esta nueva clase» (Illich, I. (1992)).

²⁰ Como decía Marx en el *Manifiesto comunista*.

²¹ A ello ha contribuido también el proceso de desindustrialización observado en los países ricos, que hace obsoleto el vínculo que unía la industria con la modernidad y el progreso, vínculo que sigue vivo en el imaginario popular de las zonas «deprimidas» alimentando falsas promesas.

²² Véase, en el nº 102 de esta misma revista, Naredo, J. M. (1996) «Sobre el origen, el uso y el contenido del término 'sostenible'», págs. 129-147.

²³ Véase Greer, J. y Bruno, K. (1996). Este libro pone al descubierto el cambio de actitud y las políticas de «ima-

gen verde» desarrolladas por veinte importantes grupos de empresas transnacionales («una corporación *leader* en destrucción del ozono, se acredita como *leader* en protección del ozono; un gigante transnacional del petróleo se presenta como pionero de los programas de “prevención” frente al calentamiento global...»). Se revela, asimismo, la influencia de estas corporaciones en la orientación de la

«cumbre» de Río de 1992, la desactivación del ecologismo y de la opinión pública en general.

²⁴ No cabe historiar aquí esta crisis que, como la actual, generó xenofobia, segregación social,... y *Órdenes mendicantes* que, a modo de actuales ONGs, trataron de paliar los daños sociales sin subvertir el *statu quo* que los engendra. Véase Roux, S. (1994).

BIBLIOGRAFÍA

- Carter, H. y Lewis, C.R. (1990). *An urban geography of England and Wales in XIX Century*, Edward Arnold, Londres.
- Cerdá, I. (1867). *Teoría general de la urbanización y aplicación...al ensanche de Barcelona*, Imprenta Española, Madrid. 2 volúmenes (Reed. facsímil del IEF, Madrid, 1968).
- Fukuyama, F. et al. (2000) (debate). *El cultural*, n.º de 20-2-2000.
- Geddes, P. (1915). *Cities in evolution* (versión española de Ed. Infinito, Buenos Aires, 1960).
- Greer, J. y Bruno, K. (1996). *Greenwash. The Reality Behind Corporate Environmentalism*, Third World Network Penang y The Apex Press, Nueva York.
- Illich, I. (1992). «Needs», en Sachs, W. (ed.) *The development dictionary. A guide to knowledge as power*, Zed Books, Nueva Jersey (hay traducción española de CAI, Cochabamba).
- Mumford, L. (s/f). *La cultura de las ciudades*, EMCE, Buenos Aires, 3 volúmenes.
- Naredo, J. M. (1995). «Sobre el origen, el uso y el significado del término “sostenible”», *Documentación social*, n.º 102.
- Naredo, J. M. (1997). «Sobre el “pensamiento único”», *Archipiélago*, n.º 29.
- Naredo, J. M. y Valero, A. (dirs.) (1999). *Desarrollo económico y deterioro ecológico*, Fundación Argentaria y Visor Distrib., Madrid.
- Naredo, J. M. (dir.) (2000). *Composición y valor del patrimonio inmobiliario en España*, Ministerio de Fomento, Madrid.
- Petrus, J. (1992). «New York fait éclater le mythe de la société post-industrielle», *Le Monde Diplomatique*, n.º de abril.
- Pinol, J. L. (1991). *Le Monde des villes au XIX siècle*, Hachette, París.
- Ramonet, I. (1995). *Le Monde Diplomatique*, n.º de enero.
- Roux, S. (1994). *Le monde des villes au Moyen Âge*, Hachette, París.
- Ruiz, J. (1999). *Madrid 1963-1994:...La génesis del modelo disperso*, Tesis doctoral, ETSA de Madrid.
- Weber, A.F. (1899). *The growth of cities in XIX Century, a study in statistics* (Reed. Cornell University Press, 1967).
- Weber, M. (1921). *Die stadt* (Ed. en español: *La ciudad*, La Piqueta, Madrid, 1987).
- Williams, R. (1973). *The country and the city*, Oxford University Press, Nueva York.